

Edgardo Civallero

# Cartas desde la biblioteca

- parte II -



Fundación  
**Charles Darwin**  
Foundation  
GALAPAGOS



Edgardo Civallero

# Cartas desde la biblioteca

- parte II -



*Fundación*  
**Charles Darwin**  
*Foundation*  
GALAPAGOS

Edgardo Civallero

Cartas desde la biblioteca : Parte II / Edgardo Civallero .-- Santa Cruz, Galápagos : Fundación Charles Darwin, 2023.  
il. col. ; 58 páginas ; 21 x 21 cm.

© Edgardo Civallero, Fundación Charles Darwin  
© de esta edición: Fundación Charles Darwin, 2023

Edición y diseño: Edgardo Civallero

Esta publicación tiene el número de contribución 2554 correspondiente a la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos.

Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos  
Santa Cruz, Islas Galápagos, Ecuador

Edgardo Civallero

# Cartas desde la biblioteca

- parte II -

*Proyecto Galapagueana  
Galapagueana para llevar*

Fundación Charles Darwin  
Biblioteca, Archivo y Museo  
Puerto Ayora - Santa Cruz  
Islas Galápagos - Ecuador - 2023



"Cartas desde la biblioteca" es una columna periódica y bilingüe publicada desde 2020 en el blog de la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos (FCD) y desde 2022 en la plataforma *Galapagueana*. En ella, el autor, coordinador del área de Biblioteca, Archivo y Museo de la institución entre 2018 y 2023, comparte las historias detrás de muchos documentos de la colección.



WILD BULL SHOOTING IN THE GALAPAGOS ISLANDS.



#11

## **A la caza del toro salvaje**

No todo lo que almacenamos en nuestros archivos y bibliotecas recoge con certeza un acontecimiento o documenta fehacientemente un hecho. Existe, en nuestros repositorios de conocimiento y memoria, mucha información que dista mucho de ser "veraz".

Y, sin embargo, aun sabiéndolo, la guardamos. Porque esos documentos reflejan una forma muy particular de ver, entender y explicar la realidad. Una que, si bien no siempre se apega a "la verdad", al menos hace un esfuerzo por plasmar esa realidad de una forma creíble.

Un caso paradigmático es el que conservamos en el Archivo de la FCD. Es una página de periódico, amarillenta por los años y la acidez del papel, y enmarcada como si se tratara de una obra de arte, en un probable intento por protegerla de la descomposición natural a la que están sujetos esos soportes.

Es una página del *Harper's Weekly*, un semanario publicado en Nueva York entre 1857 y 1916 y subtítulo "A journal of civilization". En concreto, la hoja pertenece al suplemento del 24 de febrero de 1877, e incluye un grabado enorme, y tres párrafos impresos al pie.

El grabado representa la "caza del toro" en las Galápagos.

En él se nos muestra un toro de lidia español que parece escapado de los Sanfermines de Pamplona o de la Maestranza de Sevilla, embistiendo a dos hombres vestidos como los exploradores de África en el siglo XIX, en un bosque que muy bien podría ubicarse en las Montañas Rocosas estadounidenses, o ser un robledal de la Inglaterra victoriana.

Evidentemente, la imagen fue producida por encargo, por un artista que jamás había pisado Galápagos y al cual se le proporcionó el título de la ilustración y poco más. En un tiempo en donde la fotografía era una técnica incipiente y en donde transportar una cámara a las "Encantadas" hubiera sido toda una aventura (una muy costosa, además), no quedaba otra solución que echar mano de la imaginación... y, con suerte, de comentarios de viajeros.

¿Podemos culparlos? Los editores trataban de transmitir a sus lectores una imagen vívida de los hechos. Y por muy lejana que esa imagen quedara de la realidad, estoy más que seguro de que logró su objetivo.

El texto acompañante, afortunadamente, proporcionaba a los suscriptores del *Harper's Weekly* una información más certera. Mucho más, por cierto, que algunos textos actuales sobre el archipiélago.

"WILD BULL SHOOTING

The Galapagos Islands lie in the Pacific Ocean, under the equator, about six hundred miles from the coast of Ecuador, to which country they belong. They were discovered by the Spaniards, who named the group from the great number of land tortoises, called in Spanish *galápagos*, that were found upon them. Since that time the islands have received English names. Two hundred years ago this group became a famous resort for buccaneers, whence many expeditions against Spanish commerce were fitted out.

There are in the Galapagos group six large islands, nine of smaller dimensions, and a large number of islets, some of them being nothing but barren points of rock. The largest island, Albemarle, is about sixty miles in length and fifteen wide, with a mountain ridge rising to the height of nearly 5000 feet. All the islands are volcanic, and in general shape are similar to the majority of oceanic volcanoes, each having a large dome-like elevation, with a wide, shallow crater at the top, the sides furrowed by the streams of lava that once overflowed from the crater. Volcanic activity has apparently ceased on all these islands. The latest eruption in the group of which we have any record occurred in Albemarle Island in 1835. Owing to the low temperature of the Peruvian current, which, coming from antarctic regions along the South American coast, strikes out to the westward toward these islands, the climate of the Galapagos is very mild, considering their position directly under the equator.

The Galapagos were first permanently settled in 1832 by a party of exiles from Ecuador, who were sent to Charles Island, one of the most fertile of the group.

At one time the settlement contained between two hundred and three hundred inhabitants, but the number has dwindled down, until a few miserable peons hold possession. Cattle, pigs, and goats were sent to the islands with the early settlers. They have greatly increased in numbers, roaming wild in the forests, and afford excellent sport to persons who chance to land there on the rare occasion of a ship stepping to procure a supply of turtles. These were once so abundant that a single ship has been known to carry away as many as seven hundred, but of late years they have greatly diminished in number, in consequence of being overhunted, and large ones are rarely found".

La memoria es así: fragmentos entrelazados de información que tratan de dejar una marca lo más indeleble posible. No siempre importa que esos fragmentos tengan unos cimientos débiles: lo realmente importante es plantar una señal que permita recordar. De alguna forma.

Y aquí estamos, casi un siglo y medio después, recordando que en algún momento del pasado se cazaban "toros" en las Galápagos. E imaginando las caras de asombro de esos decimonónicos lectores neoyorquinos, cómodamente sentados en el salón de sus casas, imaginando una realidad que nunca pisarían pero que, gracias a esa ilustración, entró en sus conciencias. Y en sus memorias.



April 10. Townsend and Svenson went ashore this morning to the spot where our 6 tortoises were caught. I made a brief visit and then ship sailed at 10 (N. Y. Time).

As passed between Barrington and Indefatigable there was a large flock of the common small shearwaters sitting on the water perhaps 1

In 3 hours we had rounded Seymour Is. and stopped opposite the passage between North Seymour and South Seymour. Here there is a small sandy islet with several patches of rocks where the sea lions abound.

Most of us visited it by launch. 3 yg sealions were caught. Saw a few small Tropidurus lizards on the island. Also oyster-catcher, yellow crowned night heron, 2 Larus fuliginosus, 1 <sup>Butorides</sup> ~~Butorides~~ striatus, a flock of 10 sanderlings, a turnstone, 4 wandering tattlers, pelicans and unfooted boobies flying over.

We then went on to where the Nourmahal had anchored off a beach

#12

## **Con un lobito en el regazo (II). Los hilos que tejen las historias**

Hace casi dos años, en la tercera entrega de esta serie de cartas, contaba que la colección de fotos más antigua del archivo de la FCD es, hasta el momento, el llamado "álbum Nourmahal", un conjunto de fotografías impresas en papel, tomadas en 1930. Decía que el *USS Nourmahal* fue un barco de unos 80 m de eslora, construido en 1928 como un yate de recreo para el multimillonario estadounidense Vincent Astor. Comentaba que entre el 23 de marzo y el 2 de mayo de 1930, Astor trajo a Galápagos a un grupo de científicos estadounidenses —investigadores pertenecientes al Acuario de Nueva York, al Museo Americano de Historia Natural y al Jardín Botánico de Brooklyn— en un viaje de recolección de muestras. Finalizaba mencionando que el "álbum Nourmahal" mostraba detalles de esa travesía, y que una de sus imágenes más curiosas era la de un marinero con una cría de lobo marino en el regazo.

En esa entrada reflexioné sobre la magia de los archivos al permitirnos viajar a otros tiempos y lugares, abriendo puertas y ventanas que nos ponen en contacto con realidades y momentos únicos, ya idos pero que vuelven a la vida, por un instante, ante nuestros ojos. Concluía aquel texto señalando que, probablemente, nunca lograríamos saber ni el nombre del marinero ni el origen o el destino del pequeño lobito.

Ocurre que los documentos —fotos, manuscritos, artículos, películas, artefactos— pocas veces nacen o viven aislados. Los que trabajamos en bibliotecas, archivos y

museos sabemos, por experiencia propia, que manejamos una malla de saberes y recuerdos: un denso tejido formado por miles y miles de hebras que se entrecruzan para componer eso que llamamos "memoria", que a su vez define lo que conocemos como "identidad" y permite construir ese relato subjetivo y variable que denominamos "historia".

Los documentos que viven en nuestros archivos tienen vínculos, muchas veces invisibles, con muchos otros. Descubrir esas conexiones, esos enlaces, esos tenues hilos que entretejen discursos e historias, permite entender a un documento determinado en el marco de un contexto mucho más amplio y más rico. Un anillo de los que se emplean para marcar aves es simplemente eso, un anillo, sin más historia que su función. Hasta que una ficha aparecida en un rincón del archivo vincula ese pequeño pedacito cilíndrico de plástico con la investigación de un famoso ornitólogo especializado en pinzones, y con un viaje en particular, y con unas notas de campo, y con un artículo o una tesis, y con unas fotografías... Al darle contexto, el anillo de plástico deja de ser un simple y pequeño artefacto sin historia, y pasa a formar parte de un entramado de memorias.

Pasa a ser una hebra más del tejido.

Eso fue lo que, hace poco, ocurrió con la foto del lobito. Revisando la colección especial de la biblioteca de la FCD descubrí, hace unos meses, una copia mecanografiada del diario de campo de uno de los científicos que participó en el viaje del *Nourmahal* a Galápagos. Las notas, muy cuidadosas, reflejan el día a día de ese investigador, un



ornitólogo estadounidense del Museo Americano de Historia Natural. Y entre ellas aparece la siguiente, apuntada el 10 de abril de 1930:

"In 3 hours we had rounded Seymour Island and stopped opposite the passage between North Seymour and South Seymour. Here there is a low sandy islet with several patches of rocks where the sea lions abound. Most of us visited it by launch. Three young sealions were caught."

No hay otra mención a capturas de lobos marinos en todo el diario. De modo que, gracias a unos escritos garrapateados en una libreta de campo hace casi un siglo, averigüé que aquel cachorrito de la foto del "álbum Nourmahal" nació en esa franja de arena que llamamos "islote Mosquera", entre las islas Seymour.

Probablemente si tirase de esa hebra podría seguirle el rastro al animal, y saber dónde terminó sus días. E incluso averiguar el nombre del marinero que lo sostenía en la imagen. Porque su función, carpintero del barco, aparece en el mismo diario, en la entrada del día 1 de mayo de 1930:

"Photos of menagerie on upper deck. Bronson drawing legs of tortoise (suspended). Ship's carpenter holding sea-lion".

Así de densas y ricas son las tramas de memoria que se tejen en los archivos.

Aunque a veces las hebras se pierden, o se destruyen, y con ellas desaparece parte del entramado, del contexto, y de la memoria. De ahí la importancia vital de los archivos. Y de todos y cada uno de los materiales que esos archivos atesoran.





**ESTACION CIENTIFICA CHARLES DARWIN  
CHARLES DARWIN RESEARCH STATION**

**GAYLE DAVIS MERLEN  
HEAD OF PUBLICATIONS AND LIBRARY**

Dirección / Mailing Address  
Casilla 17 - 01 - 3891  
Quito - Ecuador  
Telfs.: 244 803 / 241 573  
Fax: 593 - 2 - 443935

Puerto Ayora  
Isla Santa Cruz  
Galápagos  
Telfs.: 593 - 5 - 526 14  
Fax: 593 - 4 - 564 - 63

e-mail : [G.DAVIS@fcdarwin.org.ec](mailto:G.DAVIS@fcdarwin.org.ec)

#13

## **Las huellas de la bibliotecaria**

Ocurrió hace unos tres años. En un rincón del escritorio que ocupó en la biblioteca de la Estación Científica Charles Darwin me encontré una vieja tarjeta.

"Gayle Davis Merlen. Head of Publications and Library".

Ya he aprendido que cada pedacito de papel dentro de la biblioteca, el archivo o el museo de la Fundación Darwin tiene una historia detrás. Y he aprendido a perseguir esas historias, a desenterrarlas, a descubrirlas... Ocurre que esta en particular me era familiar. La tarjeta pertenecía a una de mis predecesoras: la mujer que, entre otras muchas cosas, organizó la biblioteca de la Estación Darwin allá en los años 70.

Gayle llegó a Galápagos de una forma singular. Como llegamos muchos de nosotros, supongo.

Al parecer, hacia 1974 comenzó a estudiar un master en zoología en la Universidad de Wisconsin. En aquella época trabajaba como secretaria en el Museo de Zoología de la universidad (UWZM), bajo la dirección de William G. Reeder. Para su trabajo final de maestría decidió combinar su experiencia en zoología, sus destrezas artísticas y su interés por los museos, y crear una exposición zoológica. Su asesor académico le comentó que el Smithsonian Institute estaba buscando a alguien que desarrollara ese

tipo de trabajo, pues lo necesitaban para un centro de interpretación ubicado en la Estación Científica Charles Darwin, en las lejanas y exóticas Galápagos. Ese centro era un proyecto surgido de la colaboración entre el Smithsonian y los Peace Corps.

Gayle aceptó. En septiembre de 1976 estaba en Santa Cruz, en una estación científica inaugurada tan solo una docena de años antes. Dicen los que la conocieron que el paisaje árido, con esos cactus candelabro aquí y allá, le recordaba el desierto del suroeste de los EE.UU., uno de sus lugares favoritos en su tierra natal.

Antes de su llegada a la Estación, no había allí demasiadas muestras educativas destinadas a los turistas. Esa fue una de las razones para el surgimiento del proyecto de "centro de interpretación": establecer una actividad relacionada con la educación ambiental. Gayle se puso inmediatamente a trabajar en el desarrollo de contenidos didácticos orientados a los visitantes. Elaboró un plan de acción y produjo paneles, pósteres y otros documentos sobre geología, biología, evolución, especies introducidas, conservación... En una era en la que la tecnología informática no era en absoluto accesible, ella lo hizo todo a mano, artesanalmente. Durante tres años.

Fue así como nació el actual centro de interpretación Van Straelen.

Nunca terminó su master. Decidió que era mucho más satisfactorio vivir y trabajar en / por un entorno único que perseguir un título académico.

Gayle fue la primera bibliotecaria de la FCD. Se ocupó, además, de realizar traducciones y ediciones y, sobre todo, de las publicaciones, especialmente del *Informe Anual* de la FCD. A finales de los 80 fue asesora de la biblioteca, y a inicios de los 90 todavía colaboraba directamente con ella, como "Head of Library".

Una hermosa serie de diapositivas que conservamos en la colección "Merlen" de nuestro archivo audiovisual recogen sus últimos años, escribiendo o leyendo en compañía de un piquero de patas azules, en su casa de Puerto Ayora. Su retrato preside la biblioteca. Su escritura sigue surgiendo cada dos por tres en los documentos que cuidamos en el archivo. Y su tarjeta, esa que apareció en un rincón oculto de mi escritorio, está siempre sobre mi mesa.

Para recordarme de quién soy heredero.

AK  
16091  
CDRS

CDRS  
PTO-VILLAMIL  
SALINAS  
20 JAN 66-D.W.  
17091

CDRS  
CE

jereta 16057  
CDRS

CDRS  
J. MACFARLANE  
132  
160608 ON VAD 79 N. V 67 N 13 30 91  
Isabela, V. Alcedo,  
Shipton Landing  
KR  
MAY 70  
AA258  
16091

CDRS

Santa Cruz, Los Negritos  
56

Santa Cruz  
c. Los Negritos  
PERRY  
LS  
78



#14

## Palimpsestos

Los textos académicos sobre historia del libro cuentan que durante la Edad Media, cuando en Europa se escribía sobre pergamino y el papel aún no era sino un recurso exótico en manos de los árabes, esas finas láminas de cuero se utilizaban y reutilizaban hasta que la superficie del material se negaba a recibir un solo trazo de tinta más. Pues el pergamino (al menos el de buena calidad) se elaboraba a partir de la piel de terneros, generalmente neonatos. Y ese no era un elemento demasiado habitual en sociedades campesinas para las cuales una cría (y en especial una neonata) muerta era una verdadera desgracia, una pérdida terrible, y que por ende cuidaban el ganado mejor que a sus propios hijos.

En los monasterios, en donde se elaboraban, reproducían, traducían y transcribían los códices medievales, se economizaba pergamino, pues, reusándolo continuamente. Se raspaban los textos y dibujos previos, se lijaba la superficie (con piel de tiburón, pedazos de equiseto o arena encolada sobre cuero) y se volvía a escribir, a dibujar y a pintar. Ocurre que la naturaleza de las tintas de la época (potentes compuestos ferrogálicos o basados en minerales pesados, incluso tóxicos) hacía que el borrado completo fuera, sino imposible, al menos bastante difícil. Eso no impedía que los buenos escribientes monásticos deslizaran sus plumas sobre esas superficies una y otra vez. El resultado final se conoce hoy como *palimpsesto* (del griego "raspado nuevamente"): texto sobre texto sobre texto, en capas sucesivas que dejan ver, con un poco de esfuerzo, las anteriores.

*[El fenómeno se dio asimismo con papiros egipcios, pergaminos de Asia menor, códices mesoamericanos de papel amatl y manuscritos de bambú indochinos. Los únicos que se salvaron del problema palimpséstico, por la propia naturaleza plástica del material, fueron las tablillas de arcilla mesopotámicas y las placas de cera grecorromanas].*

No: en la Biblioteca, Archivo & Museo de la FCD no conservamos ninguno de estos valiosos documentos antiguos. Sin embargo, contamos con materiales que, con un poco de amplitud de miras, pueden ser considerados palimpsestos. Me refiero a los marcos (de cartón, de plástico, de metal, de vidrio) de algunas de las más de 17.000 diapositivas que mantenemos en nuestra colección audiovisual.

Algunas de las series que componen esas colecciones tienen unos 40 años, y fueron pasando de mano en mano y de responsable en responsable a lo largo de esas cuatro décadas. El autor original había colocado algunos datos esenciales en el marco de la diapositiva (generalmente una ubicación y un nombre), y sus sucesores fueron sumando elementos. En la mayoría de los casos pusieron códigos alfa-numéricos o numéricos que permitían la identificación del objeto, pero que, tras alguna reorganización, fueron tachados o cubiertos parcialmente de tinta blanca (de la usada para corregir los errores de las viejas máquinas de escribir) y alterados, en ocasiones más de una vez. Los nombres científicos también fueron corregidos, especialmente cuando el fotógrafo no era un científico y no estaba familiarizado con la escritura de los binomios latinos.

Otras veces se corregía la descripción o el lugar, dado que muchos autores o conservadores escribían en español a pesar de no ser hablantes nativos de ese idioma

y, por ende, los errores ortográficos eran atroces. Hay alguna que otra pelea por la autoría, y en un par de casos, una autora que solía firmar con el apellido compuesto de casada borró el último elemento de su nombre para retornar a su designación de soltera.

Resulta innecesario señalar la variedad de colores, de tipos de bolígrafo y de caligrafías; la abundancia de sellos que se superponen a otros sellos; las fechas que corrigen otras fechas... Algunos marcos de diapositivas son un contubernio espantoso en el que es muy complicado poner cierto orden. ¿Qué datos son los más tempranos? ¿Cuáles son los confiables? Es preciso revisar otras fuentes para contrastar cada pedacito de información reflejada alrededor de la sensible película fotográfica.

Tras eso, uno puede intentar imaginar el largo proceso (un proceso de décadas) que llevó a ese marco a exhibir todas esas marcas: cicatrices de batallas que no desaparecieron y que seguirán contando su historia mientras logren permanecer ahí.



#15

## **Pequeñas alas que caen como copos**

No resulta extraño abrir una caja o levantar un cartapacio en el archivo de la FCD y ser testigo de la caída de una pequeña (o gran) cantidad de polvo: una minúscula duna que se fue alojando con el transcurso de los años entre papeles no consultados y folletos olvidados. Para los alérgicos, como es mi caso, se trata de un verdadero suplicio del que no nos salvan ni los más sofisticados tapabocas. Sin embargo, tras más de veinte años de profesión, considero esos pequeños accidentes como gajes del oficio: una suerte de "peligro laboral menor" con el que tengo que lidiar.

Sin embargo, no siempre cae polvo. O pedacitos de cemento. O esporas de hongos. O excrementos de geckos, cucarachas o ratones. A veces, al sacudir un libro o al voltear un artefacto, uno se lleva una sorpresa y recibe una avalancha de un material inesperado.

Tal cosa me ocurrió hace tres años, revisando uno de los muchos paquetes que todavía permanecen cerrados en el depósito del archivo. Este, en particular, había sido aislado y puesto en cuarentena por una de mis predecesoras hacía casi una década, y desde entonces no se había abierto. Consideré que cualquier plaga que la caja pudiera haber contenido en el pasado estaría muerta ya, y comencé a retirar cuidadosamente las varias capas de película plástica que la cubrían. Supuse que me iba a encontrar con la habitual bofetada de polvo y excrementos, de modo que me protegí lo mejor que pude con guantes y mascarilla.

Abierta la caja, me topé con un conjunto de papeles severamente atacados por lo que, por el tipo de daño, parecía ser algún tipo de coleóptero. Entendí al punto la razón de mi pretérita colega para aislar ese contenedor y esos documentos. Tras eso, confirmé mis sospechas iniciales tras un rápido examen: cualquier cosa que hubiera estado viva en el interior ya no lo estaba.

Era de mañana, y los rayos de un sol tempranero se colaban a duras penas por la ennegrecida ventana principal del archivo. Coloqué la caja sobre mi enorme y sólida mesa de trabajo, y saqué los documentos en un solo montón. Y fue entonces cuando, de aquel amasijo de papeles medio devorados, se desprendió una llovizna de pequeños copos a los que la luz exterior arrancaba una miriada de brillos iridiscentes.

Eran alas.

Cientos de pequeñas alas de escarabajo.

Cientos, literalmente. Caían como diminutos helicópteros, cubriendo mi mesa, mis manos enguantadas, mi camisa azul, mi silla, el teclado de mi computadora... Era una verdadera nevada de fragmentos de quitina transparente flotando en el aire quieto del archivo, depositándose unos al lado de los otros, cubriéndolo todo.

Una vez retirados los documentos, descubrí que el fondo de la caja era un denso conglomerado de excrementos y exoesqueletos oscuros y descompuestos,

prácticamente molidos. Las alitas, sin embargo, estaban intactas, con su estructura y su brillo originales.

No hay nada más preocupante, para alguien de mi profesión, que un ataque de insectos. Los mohos pueden eliminarse controlando la humedad y la temperatura, los vertebrados pueden envenenarse... Pero los insectos, o, mejor dicho, los invertebrados, son terriblemente resistentes, y están llenos de mañas; no en vano han sobrevivido en donde otros seres vivos se han extinguido. No siempre es fácil deshacerse de ellos, y puedo imaginarme con facilidad el horror de mis predecesoras al tener que enfrentarse a este tipo de calamidad.

*[De hecho, hay un informe muy curioso que conservo en nuestros fondos, y que describe las distintas especies encontradas en la biblioteca hace más de veinte años, tras poner varias trampas en estantes y rincones. Recuerdo mi boca abierta y mis cejas alzadas al comprobar que, en algún momento de la historia de la FCD, el espacio en el que hoy trabajo fue el hogar de dos docenas de invertebrados varios cuyo alimento principal eran los materiales que yo debo cuidar].*

El caso es que, a pesar del enorme rechazo que me puedan producir las invasiones y los ataques de insectos, no puedo dejar de reconocer que son criaturas fantásticas y bellas. Y, de alguna forma, sentí que lo que en el pasado había sido una terrible invasión de cientos de diminutos coleópteros celulófagos se había transformado, por el mero paso del tiempo y de la vida, en un pequeño espectáculo.

Dediqué mucho tiempo en barrer, limpiar e intentar retirar esas alas. Nunca lo logré del todo. De vez en cuando, alguna llama mi atención con su brillo desde un rincón del archivo. Como la de la foto que ilustra esta entrada, aparecida hace poquito.

Y me recuerda que, por una simple ley física, nada se destruye, todo se transforma: unos viejos papeles, probablemente inútiles, se habían convertido, por la magia de la biología, en una maravillosa lluvia de diminutos copos brillantes.







#16

## Historia de una muerte en duelo de pistolas

Es bien sabido que las islas Galápagos son acreedoras de algunas páginas oscuras —podría decirse incluso que macabras— en el Gran Libro de la Historia. Las gestas de Briones (el "pirata del Guayas"), los levantamientos de los peones de Floreana y San Cristóbal contra sus patrones, las crueles colonias penales, las aún irresueltas desapariciones de Floreana, los naufragios y sus historias de supervivencia... La muerte, como en todas partes, acecha a la vuelta de la esquina en las islas; sin embargo, en este territorio un tanto mágico y otro tanto desolado, parece adquirir tintes novelescos.

Un episodio no demasiado conocido incluido dentro de esos anales tristes de la historia archipelágica es el del duelo del oficial Cowan. Ese nombre, Cowan, fue inmortalizado en la geografía galapagueña: concretamente, en una bahía, un cabo y un volcán ubicados en la costa noroccidental de isla Santiago. Sin embargo, muy pocos saben cuál es el origen de esa denominación (algo, seamos honestos, que podría decirse de buena parte de los topónimos isleños).

La historia nos obliga a retroceder en el tiempo hasta mediados del siglo XIX, la época en que balleneros y peleteros europeos y americanos se ocupaban de saquear concienzudamente las costas y las corrientes del Atlántico y, ante el evidente agotamiento de estas, buscaban nuevos territorios y espacios vírgenes en donde hundir los colmillos de su avaricia. El Pacífico, el extenso Mar del Sur, una auténtica *terra*

*incognita* hasta un siglo antes, era el candidato perfecto, de modo que las grandes potencias comenzaron a competir por el control de sus aguas. Las recién independizadas naciones americanas contaban con cierta ventaja, dado que controlaban las costas orientales de esa Mar Océana, pero eso no iba a desanimar a países como Gran Bretaña o Estados Unidos, acostumbrados a salirse con la suya y a obtener lo que deseaban por las buenas o, lo más habitual, por las malas.

En 1816 llega a las Galápagos el capitán estadounidense David Porter, al mando del *U.S.S. Essex*, con el propósito de "limpiar" la región de balleneros británicos (la competencia) y evaluar su valor como campo de caza, refugio y aprovisionamiento. Porter recorre el archipiélago, captura varios barcos ingleses y, en su detallado diario, da cuenta de todos los detalles necesarios... y de muchos más: entonces, como aún sucede hoy, el norteamericano es incapaz de disimular su asombro ante la maravillosa biodiversidad que desfila, impávida y despreocupada, ante sus ojos.

En ese mismo diario (publicado en 1815), el capitán da cuenta, muy de pasada y disimulando bastante los términos, de un duelo. El hecho no estaba permitido dentro de la marina británica (el mismo Porter lo menciona como "a practice which disgraces human nature"), pero era costumbre habitual de la época: solventar las diferencias a cuchillazos, sablazos o disparos. El motivo de la diferencia en cuestión no fue registrado por Porter, pero al parecer se produjo entre dos de sus oficiales, los cuales desembarcaron en James Bay, en Santiago, a plena luz del día, seguramente acompañados por su gente de confianza, y arreglaron sus problemas a punta de pistola, pólvora y plomo.

Como resultado, uno de los oficiales, el teniente John S. Cowan, murió al tercer disparo. Fue enterrado por Porter en las vecindades de un manantial por entonces muy utilizado por los navegantes que pasaban por Galápagos, y que aún se ubica al pie del cerro conocido como "Pan de Azúcar". Sobre su tumba se colocó la siguiente inscripción:

Sacred to the memory  
of Lieut. John S. Cowan,  
of the U.S. Frigate Essex,  
who died here anno 1813,  
aged 21 years.

His loss is ever to be regretted  
by his country;  
and mourned by his friends  
and brother officers.

En el mapa de las islas que realiza para documentar su travesía (y que fue publicado recién en la segunda edición de su diario, en 1822), Porter plasma el apellido de su subordinado en una bahía, "Cowan's Bay", abierta al oeste de Santiago, habitada por piqueros y fragatas, empapada por las lloviznas isleñas y siempre encrespada por el soplo de los vientos. El nombre parece haberse extendido, más tarde, al cabo y al cerro.

Durante algún tiempo, la tumba de Cowan se convirtió en un sitio de visita: una suerte de lugar de peregrinación, una verdadera referencia en el paisaje de isla Santiago. De

hecho, la cruz que marcaba su ubicación es mencionada por varios cronistas y viajeros durante al menos medio siglo después del duelo de marras (un ejemplo es el del naturalista John Scouler, en 1825). Sin embargo, en un momento determinado parece haber desaparecido, dado que nadie la vuelve a mentar...

...hasta 1965. Entonces, el colono noruego Jacob Lundh, uno de los primeros habitantes de la actual Puerto Ayora e "historiador no oficial" de las islas (además de ser el dueño original de los terrenos en donde hoy se levanta la Estación Científica Charles Darwin) escribe un breve texto para la Fundación Charles Darwin titulado *Notes on the Galápagos Islands*. Allí apunta un relato que, al parecer, circulaba entre los viejos trabajadores de la mina de sal que, desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX, funcionó en Santiago. Lundh, citando palabras de Hugo Egas Zevallos (hijo de Darío Egas Sánchez, propietario original del lado oeste de la isla y de la mina), dice que, en 1926, los trabajadores de la sal habían encontrado, cerca del manantial del "Pan de Azúcar", un cadáver momificado.

Un cadáver que aún vestía los restos de un uniforme azul con galones dorados. El uniforme de los oficiales de la marina británica.

Dicen que, cuando la tocaron, la tela se deshizo. Nadie estuvo seguro de que ese fuera el cuerpo de Cowan. Pero... ¿acaso puede hablarse de certezas en la legendaria historia galapagueña?





1 2 3 4 5  
KODAK 5052 TMX



6 7 8 9 10  
KODAK 5052 TMX



11 12 13 14 15  
KODAK 5052 TMX



16 17 18 19 20  
KODAK 5052 TMX



21 22 23 24 25  
KODAK 5052 TMX



26 27 28 29 30  
KODAK 5052 TMX



#17

## **Miradas desde el otro lado del tiempo**

Bibliotecas, archivos y museos son instituciones que gestionan conocimiento y memoria. En los últimos tiempos, con la información convertida en motor de un nuevo paradigma socio-político y en un bien de consumo que alimenta muchas economías nacionales, la parte patrimonial e identitaria del trabajo de esos espacios ha sido un tanto olvidada y descuidada. Pero no por ello ha desaparecido, ni ha dejado de ser importante. Los recuerdos de sociedades y de generaciones enteras siguen almacenados, organizados, protegidos y accesibles allí, en estantes, discos duros y cajas.

Trabajar en un espacio de saberes y memorias puede resultar "mágico", si me disculpan la muy gastada expresión. Si bien esa labor está rodeada de ciertos estereotipos que pueden espantar a muchos —las silenciosas bibliotecas, los polvorientos archivos, los museos llenos de presencias muertas—, se trata en realidad de una actividad apasionante, que cruza fronteras disciplinarias y temáticas y que, al mismo tiempo, pone en contacto pasados y presentes (y futuros...).

Probablemente este último aspecto fue el que me atrapó cuando, en un momento ya bastante lejano del pasado, decidí dedicarme a estas tareas. Entendí pronto que los límites entre biblioteca, archivo, museo, colecciones biológicas, fuentes orales y demás espacios de manejo de conocimientos son terriblemente difusos; que, a la postre, todo está conectado; y que, a través de esas infinitas conexiones, que a veces son muy

evidentes y otras no lo son tanto, todos esos documentos que nos empeñamos en conservar no hacen otra cosa que contar una historia.

Nuestra historia.

Y esa narrativa, más compleja que cualquier tejido imaginable, está compuesta por millones de pequeños fragmentos, de voces que comparten sus experiencias y sus pasos, sus errores y caídas, sus descubrimientos. Todos esos materiales abren una ventana al pasado y nos ponen en contacto directo con quienes fuimos alguna vez, o con nuestros antecesores: los más cercanos y los más lejanos.

Probablemente esa sensación de contacto directo con tiempos idos es más fuerte con las fotografías. Dado que los seres humanos parecemos tener una fuerte tendencia a mirar a la cámara cuando nos retratan, observar una foto —en papel o digital, en blanco y negro o en color, diapositiva o negativo— es mirar a los ojos a personas que quizás ya no estén siquiera con nosotros...

*[Algo similar ocurre cuando uno se enfrenta a pinturas o a esculturas, incluyendo aquellas producidas muchos siglos antes de la era cristiana. Las miradas siguen ahí: en otros materiales, en otros formatos, pero allí están. Y eso que consideramos "obras de arte" también son documentos: elementos que codifican conocimiento y memoria].*

Personalmente, me ocurre que cuando me cruzo con esas miradas, esas sonrisas (o la falta de ellas), esos gestos, esas posturas, siento que hay alguien hablándome del otro

lado del tiempo. Alguien que me dice "aquí estoy". Porque... ¿para qué nos fotografiamos, si no es para dejar un recuerdo nuestro, un testimonio de un momento preciso en nuestras historias personales? ¿Para qué, si no es para dejar al futuro algo que nos sobreviva, que diga que aquí estuvimos y que así fuimos?

Tuve esa sensación hace poco, revisando unas planchas fotográficas en blanco y negro que conservamos en la colección audiovisual de nuestro archivo, y que terminé incluyendo en la edición de *Galapagueana* de abril / 2022. Se trata de una serie de imágenes algo similares a las que en Argentina llamamos "fotos-carnet": las empleadas para documentos oficiales. Al parecer alguien tomó retratos del personal de la FCD usando ese tipo de formato. Todos esos rostros estaban allí, mirándome desde esa plancha. Algunos de ellos eran semblantes serios: probablemente fueron convocados a la sesión fotográfica en medio de sus tareas, y estaban cansados, incluso sin ganas de que los retrataran. Otras eran caras risueñas: sonreían, o contenían una carcajada... Todas esas personas me estaban mirando a través de una ventana que cruzaba el tiempo, me saludaban desde el otro lado del olvido, me insinuaban que detrás de sus imágenes había amores y preocupaciones y risas y llantos y mucho trabajo, y una familia, e ilusiones quizás, y sueños y esperanzas, seguramente. Eran personas que transitaron los caminos de tierra de la Estación Científica Charles Darwin, tal y como lo hago yo hoy; de hecho, su trabajo hizo que yo pueda, en efecto, andar esos caminos.

Vale la pena recordar todo eso cada vez que tenemos en nuestras manos un pedacito de historia, de saber, de memoria. Son las hebras, pequeñas pero esenciales, que

componen nuestra identidad y nuestra realidad actual. Son parte del motivo por el que estamos aquí, ahora. Es necesario conservarlas y, más aún, conocerlas.

Especialmente si pensamos que, en algún momento, los que miren el mundo desde un papel o una pantalla seremos nosotros.





#18

## Las manos de la dibujante

Hay historias que no están escritas.

Y, sin embargo, están ahí.

Sucede con frecuencia con las ilustraciones. Las memorias quedan ocultas bajo los trazos indecisos de un lápiz. Tras las capas tenues de acuarela que conforman las plumas de un ave o los pétalos de una flor. Debajo de los pequeños mordiscos llenos de tinta dejados por una plumilla.

Uno sostiene esos dibujos o esas pinturas años, décadas después, y es incapaz de encontrar esas historias ocultas, de leerlas. Solo ve el resultado final, que deslumbra: la composición, los tonos vivos o apagados, las luces y las sombras, los perfiles, los detalles...

Y la firma. Siempre la firma, generalmente abajo a la derecha, dejando constancia —al menos— de que hubo alguien detrás de todo eso. A veces el nombre se reduce a una inicial: esa "A." que oculta si la persona fue un "Antonio" o una "Alejandra" — o una "Alexandra", o una "Alessandra".

Sara Santacruz siempre firmó así. "Sara Santacruz". Y no son pocas las ilustraciones con esa rúbrica en la colección de arte del Archivo de la Fundación Charles Darwin. Generalmente son copias. O fotocopias. Las ilustraciones originales son raras. Las de Sara son dibujos a tinta: un trabajo lineal, cuidadoso, paciente. Sus temáticas son bien amplias, abarcando desde iguanas y cormoranes hasta opuntias, con todo el abanico de flora y fauna galapagueña entre esos dos extremos. Se dio el gusto, incluso, de realizar algunas ilustraciones humorísticas. Así se llama la carpeta en la que las encontré, al menos: "humor". Unas viñetas graciosas, pícaras, garrapateadas velozmente.

En su momento, todas esas imágenes aparecieron ilustrando libros, y artículos, e informes que pueblan los estantes de nuestra biblioteca. Sara Santacruz fue una de las ilustradoras más prolíficas de la historia de la ciencia en Galápagos. Su contribución fue enorme, valiosa, importante, y estéticamente interesante.

Y ya.

Para mí, el recolector profesional de memorias polvorientas, ahí se acababa el relato. Me sentía incapaz de rascar la superficie de esos papeles y mirar más allá.

Hasta que, en nuestra colección audiovisual, encontré una diapositiva que me lo permitió.

La fotografía fue tomada por Donald Sutherland en 1993 en la Estación Científica Charles Darwin, y está rotulada como "Sara Santacruz trabajando".



Ahora sé que Sara dibujaba sobre una mesa, en horizontal. Que utilizaba lápices de colores Faber Castell (asumo que cuando podía) y que les sacaba punta o con una cuchilla o con uno de esos tradicionales afiladores provistos de una cajita para recoger las virutas de madera. Que utilizaba diapositivas para preparar sus imágenes, y que observaba esas diapositivas a través de uno de esos viejos visores ya desaparecidos: esos que empleaban el sol como fuente de iluminación, y que solo conocimos los que convivimos con esos tipos de soportes. Que también coloreaba con acuarelas, y que realizaba varios ejemplares hasta quedar satisfecha con uno. Que escuchaba música mientras trabajaba, y que se expandía en la mesa hasta ocupar todo el espacio disponible.

Ahora tengo una historia. La historia detrás de los dibujos. Un pedacito de tiempo, un instante del pasado, un fragmento de vida concentrado en un papel.

La próxima vez que me cruce con una ilustración con la firma familiar y los trazos conocidos seré capaz de leer más allá de la imagen. Y podré ver las manos de la dibujante, y los lápices, y los casetes, y la tarde galapagueña filtrándose por las ventanas.



#19

## De sillas y terrazas

Allí estaban. Dos sillas blancas. Plegables. De plástico. Recostadas, ambas, contra la pared en un rincón del Museo de la Estación.

Ajá.

Honestamente, eran dos objetos cuya simpleza, su carencia de todo posible secreto y de toda historia interesante, me resultaban tan evidentes que jamás me molesté siquiera en tocarlos. De hecho, confieso que en algún punto del pasado reciente supuse que ni siquiera nos pertenecían: que serían elementos que le estábamos guardando a alguien. "Juntando mugre", como diríamos en mi tierra.

Hasta que llegó el momento de poner cierto orden en el desordenado espacio museístico y, al moverlas, decidido ya a quitármelas de encima para siempre jamás, descubrí que tenían adheridas sendas etiquetas en sus respaldos. Etiquetas que rezaban "Biblioteca – E. Knight".

No se las estábamos guardando a nadie: eran nuestras. Inventariadas por una "E. Knight", que no podía ser otra que Elizabeth.

Elizabeth "Betsy" Stiles Knight trabajó como bibliotecaria y archivera en la FCD allá entre 2010 y 2011, y luego estuvo un periodo corto de tiempo suplementario en 2013. A diferencia de otras colegas pretéritas, conozco su nombre y su rostro porque tenemos una foto-homenaje de ella en nuestra Biblioteca: Elizabeth no pudo ganarle la batalla al cáncer, que se la llevó en 2017. Y, otra vez diferenciándose de otras colegas pasadas, porque dejó detallados informes de su trabajo, textos con sueños y proyectos, y un buen número de tareas completadas. De hecho, si hoy tenemos un archivo histórico medianamente estructurado en la FCD es gracias a ella. Después de Gayle Davis, fue la persona cuya labor ha influido más en mi realidad actual como responsable de esta área de la Estación Charles Darwin.

Uno de los documentos de la gestión de Elizabeth que sobrevivieron y que llegaron a mis manos es un plan de reorganización del edificio que ocupa hoy el área de Biblioteca, Archivo y Museo. Es preciso recordar que ese edificio fue uno de los primeros en ser construidos en la Estación, en 1960. Cuando se inauguró la institución en 1964, era la casa del director. Recién a finales de los años 70, con la construcción de la actual vivienda directoresca, el espacio se asignó a la biblioteca y a las colecciones de historia natural. Lo que quiero decir con esto es que la construcción es histórica, patrimonial si se quiere, y no debería ser alterada, ni su estructura cambiada. El plan de Elizabeth, curiosamente, respetaba esa integridad histórica, reasignando los espacios por dentro...

...y agregándole una terraza flotante de madera por fuera, mirando al mar. ¿La imaginan? Porque yo llevo haciéndolo desde el día en que me hice cargo de la biblioteca de la Estación. Encontrarme, meses después de ese momento, con un proyecto de una

de mis predecesoras que incluía una descripción casi literal de mi propia visión fue algo casi surrealista.

Esa era la "E. Knight" que aparecía en las dos sillas blancas olvidadas en una esquinita del Museo. Asumí que durante la organización de artefactos, colecciones y espacios que llevó adelante Elizabeth durante su trabajo en las islas se realizó un inventario, y que durante ese inventario aparecieron esas sillas y se rotularon con su nombre. Y ya. Fin de la historia.

Fue mi compañera de biblioteca, que lleva más de una década en el puesto y conoció personalmente a todos los personajes que han caminado la Estación en ese tiempo, la que me sacó de mi error. No, no era el fin de la historia.

Resulta que esas sillas pertenecieron originalmente a Gabriel López, el director de la Estación allá por 2009-2010. Él y su esposa las compraron para poder sentarse en el jardín de su casa (la actual casa del director de la Estación, ubicada a metros de la playa La Ratonera) y disfrutar del sol y de las nubes, y de la brisa marina, y de la visita de los pinzones y el paseo de las muchas iguanas que andan por los alrededores. Cuando abandonaron las islas, dejaron los blancos implementos plásticos en la biblioteca...

...para que, cuando ésta ampliara su estructura con una terraza exterior, las sillas pudieran ser usadas por los visitantes para leer al aire libre.

Fue así como me enteré de que la idea de ampliar la estructura bibliotecaria con una terraza (y adecuar el interior) no había sido de Elizabeth Knight, sino que venía de antes. De mucho antes, en realidad, como me terminaron indicando algunos documentos internos de nuestro Archivo.

Sea de quien haya sido la idea original, y sea cuando sea que ese proyecto se vaya a materializar, ya tenemos dos sillas tumbonas, blancas y de plástico, esperando recibir a aquellas lectoras y a esos lectores con ganas de sentarse a hojear un libro de cara al mar, bajo el azul o el gris del cielo galapagueño.

Dos sillas que llevan tres lustros esperando pacientemente un destino que, tal vez, no llegue jamás.







#20

## **El trabajo de ella, la fama de él**

Uno de los elementos más interesantes conservados en las colecciones especiales de la Biblioteca de la FCD es una carpeta —con un aspecto lo suficientemente lujoso como para intimidarme, lo confieso— que contiene una serie de los famosos "grabados de Gould". Concretamente, un conjunto de seis piezas sobre aves de Galápagos.

John Gould fue un ornitólogo británico célebre. Si bien inició su carrera como botánico, se convirtió en un experto taxidermista, lo cual lo llevó a especializarse en el campo de las aves y a terminar como curador y taxónomo de las colecciones de la Zoological Society de Londres. Ello, a su vez, le permitió tener un acceso privilegiado a los materiales que los naturalistas de la época depositaban en la institución. Entre ellos se encontraron los que llegaron a Gran Bretaña en 1836 a bordo del H.M.S. Beagle tras su segundo viaje de circunnavegación.

Eso significa que Gould trabajó con una parte de los especímenes recolectados por el naturalista de a bordo de ese navío, que no fue otro que Charles Darwin.

Aquí abriré un enorme paréntesis para enfatizar que Darwin no siempre fue el controvertido autor o el innovador científico en el que terminó convirtiéndose (al menos ante los ojos de aquellos que respetasen su teoría de la evolución). Cuando se embarcó en el Beagle era un joven bastante inexperto en términos académicos y científicos, tenía

muy poca actividad de campo previa en su haber, y no había viajado en barco jamás — lo cual significa que no había salido nunca de su tierra natal. El británico se enfrentó con mundos totalmente nuevos al otro lado del planeta, y con una labor en la cual no tenía mucha práctica (y en la que cometió errores...). En su favor, cabe decir que lo hizo armado de una insaciable curiosidad, de un fino sentido de la observación y de mucha paciencia. Sus aptitudes terminaron compensando, en cierta forma, sus falencias; lo demás es historia.

El punto es que, a su regreso a Gran Bretaña, Darwin entregó las colecciones biológicas armadas a lo largo de su viaje a un grupo de expertos taxónomos, entre los que se encontraba John Gould. Este, naturalmente, se ocupó de estudiar las aves, y fue el primero en darse cuenta de que los pinzones galapagueños recibidos podían no ser variedades diferentes, sino especies distintas. Otro tanto ocurrió con los cucuves isleños. Desafortunadamente, fue imposible corroborar esa hipótesis en primera instancia porque Darwin no había etiquetado correctamente muchas de las muestras recolectadas en Galápagos. Finalmente, tras obtener información complementaria de manos de otros miembros de la tripulación del Beagle, el comentario de Gould se convirtió en uno de los muchos detonantes de la teoría de la evolución. Esa que, tiempo después, haría arder de escándalo e ira las reuniones científicas (y religiosas) de medio mundo.

Los resultados de todas esas identificaciones zoológicas se plasmaron en una serie de 19 volúmenes titulados (poco imaginativamente, si me preguntan) *The Zoology of the Voyage of the H.M.S. Beagle*. La obra fue editada y coordinada por el propio Darwin,

pero fue escrita e ilustrada por los responsables del trabajo taxonómico. Fue dividida en varias partes, de acuerdo a su temática, y, dependiendo del impresor, fue encuadernada y vendida en 3 o en 5 volúmenes. Tuvo páginas de gran formato, impresas sobre un papel de excelente calidad y acompañadas de litografías coloreadas a mano.

[En la actualidad, las principales casas de subasta del planeta se disputan colecciones completas y en buen estado de The Zoology... El precio de arranque puede alcanzar los 20,000 dólares. Afortunadamente, son muchas las bibliotecas que poseen estos ejemplares para consulta de investigadores y usuarios autorizados. Y ya existen copias perfectamente digitalizadas, accesibles al resto de nosotros, comunes mortales].

La tercera parte de la obra estuvo dedicada a las aves. Fue publicada entre 1838 y 1941, según iban saliendo sus partes, y estuvo a cargo de Gould.

Probablemente uno de los aspectos más valiosos de The Zoology... son sus ilustraciones. Sus litografías. La litografía es un proceso de impresión que, en su momento, representó un enorme avance. Hasta su popularización, se trabajaba, en líneas generales, con grabados. El esfuerzo que conllevaba preparar una de esas ilustraciones era enorme, y habitualmente quedaba en manos de un operario especializado, y no del propio ilustrador. La litografía permitió que el dibujante trazara su obra él mismo, sobre una plancha de piedra primero (de ahí el nombre de la técnica) y más tarde sobre una metálica. Esa placa se trataba con ciertos químicos que dejaban en relieve las partes cubiertas por el lápiz, y permitía imprimir el dibujo de forma masiva. El coloreado era un tema aparte: si bien en algún momento entre finales del siglo XIX y principios del XX se

ideó la forma de pintar las ilustraciones con placas separadas, al principio había que hacerlo a mano.

Ahora quiero que piensen en una tirada de 500 libros. Imaginen tener que pintar todas las ilustraciones (unas 50, digamos) a mano. Una por una. Todas iguales.

Esa labor, infernalmente ardua, hace que las litografías originales sean muy apreciadas... y fácilmente identificables: el coloreado es irregular, el papel tiene unas marcas particulares y observables con una lupa (e incluso a simple vista), y generalmente llevan un número de serie y la firma del autor en la parte trasera, dada su unicidad.

[Las de The Zoology... no las llevaban, probablemente por formar parte de un libro].

Las ilustraciones de la práctica totalidad del trabajo de Gould, incluyendo las de las aves del Beagle (y, dentro de ellas, las de las especies galapagueñas), fueron producidas por su esposa, Elizabeth Coxen.

Coxen fue una eximia artista, cuyo nombre, perpetuando un problema por desgracia muy extendido, no siempre apareció en las menciones de autoría de su trabajo. Según algunos textos de la época, la mujer parece haber estado siempre a la sombra de un marido que se aprovechó muchísimo de ella. De hecho, seguimos refiriéndonos a los grabados como "de Gould" — lo cual combina un cierto desconocimiento de la existencia de la propia Elizabeth con el hábito general de eliminar el apellido de soltera en la tradición anglosajona.

Por mucho que se haya repetido el discurso de la invisibilización de las mujeres en la ciencia (y en todo lo demás), creo firmemente que no está de más seguir escribiendo sobre ello. Y recuperando, cuando sea posible, necesario y pertinente, las voces de todas las que quedaron bajo el manto (o el apellido) de otro.

\*\*\*

Volviendo a nuestra serie de "grabados de Gould" (o, mejor, "de Coxen"), resultan ser láminas arrancadas de alguna desdichadísima tercera parte de *The Zoology...*, la cual, al ser desprovista tan cruelmente de sus imágenes, perdió toda su cotización de mercado — y una parte nada despreciable de su importancia histórica y académica.

A diferencia de lo que se podría pensar, las láminas así obtenidas no poseen un gran valor. Como he dicho, no tienen ni numeración ni firma, y al haber sido producidas tan rápida y masivamente, carecen de muchas de las imperfecciones y detalles que las harían únicas y, por ende, valiosas.

Y el hecho de haber sido arrancadas de un libro no ayuda demasiado. Bien por el contrario...

Para nosotros tienen, sin embargo, un valor simbólico. Y anecdótico, si se quiere. Nuestra carpeta de grabados fue donada a la FCD en 2009 por la Charles Darwin Trust, y fue entregada en mano nada más y nada menos que por el príncipe de Gales y la

duquesa de Cornualles, que visitaron la Estación Científica Charles Darwin en marzo de ese año.

Carlos, príncipe de Gales. El actual rey británico. Y Camila, duquesa de Cornualles. La actual reina consorte.





Fundación  
**Charles Darwin**  
Foundation  
GALAPAGOS